

Introducción y presentación de los trabajos

Ya llevamos seis años del estallido de la última crisis internacional; y aunque mucho pueda discutirse sobre su magnitud e importancia relativa a otros episodios críticos de la historia económica mundial, no caben dudas que la presente está llamada a constituirse en un caso de estudio fundamental, en uno de esos “experimentos” del laboratorio social que juzgan hasta los marcos teóricos más consolidados y aceptados, y conllevan, por ende, una sana renovación del pensamiento y de las verdades siempre parciales.

Casi no hay campo de la ciencia económica que no haya sufrido un cimbronazo con esta crisis, desde la macroeconomía y la microeconomía, pasando por la teoría del crecimiento y el desarrollo, hasta aquellas que estudian el comportamiento de los mercados de trabajo (si es que existe tal cosa como mercados de trabajo), o naturalmente, las teorías que pretenden explicar y predecir (¿?) la dinámica de los sistemas monetarios y financieros.

Pero aunque resulte un privilegio histórico ser espectador de una gran crisis, salvo que se adolezca de sentimientos morales, éticos o sociales, estas circunstancias también están cargadas de sinsabores; en la medida que millones de personas en el mundo han quedado sin empleo o pasado a tener dificultades serias de conservarlo, sin contar que problemas estructurales y de larga data como la pobreza y la desintegración se ven agudizados y postergados.

Por otra parte, toda crisis por más global que se presente, siempre está compuesta por varias crisis; porque a menudo una crisis global significa el agotamiento funcional de uno o varios elementos de un sistema y sus partes componentes. Y el “moderno sistema mundial” está plagado de contradicciones, propias de su estructuración jerárquica y de la correlación de fuerzas entre bloques regionales y nacionales que pugnan por su interés; algunos, definido en términos de poder, otros, de desarrollo económico, todos, en el marco de una etapa históricamente determinada del capitalismo como formación socioeconómica.

La actual crisis va llamando la atención cada vez más de las naciones periféricas y en desarrollo. Estas han gozado en los años 2000 de condiciones externas favorables para un desacople al menos transitorio de las economías centrales, pudiendo crecer a tasas aceleradas per cápita, cerrando así parte de la brecha de productividad que las separa de las economías avanzadas. No todos los países han aprovechado en igual medida esas condiciones

externas, y, a su vez, esas condiciones externas no han sido para todos igualmente favorables. El lógico, porque han sido condiciones de borde, necesarias, pero no suficientes. Crecer económicamente, generar empleos, reformar la estructura económica, redefinir el modo de inserción comercial internacional, superar flagelos estructurales como la pobreza, la informalidad, etc., son desafíos que el contexto global contribuye o no a superar, pero que en cualquier caso dependen principalmente del concurso de las fuerzas locales a tal efecto.

Quizás la principal ventaja del contexto económico internacional del nuevo milenio fue la mejora de los términos de intercambio mercantiles, tanto absolutos como relativos. Esta mejora no solo contribuyó al crecimiento económico a través de la expansión de las exportaciones, sino que permitió relajar la tristemente célebre restricción externa de divisas, que tanto ha limitado la capacidad de maniobra de nuestras economías, en la medida que por la propia condición de economías subdesarrolladas necesitan absorber durante la etapa de crecimiento y desarrollo una magnitud creciente de divisas; asociadas a la mecanización de la producción, al “*cuch up*” tecnológico que eso implica, a la importación de bienes y servicios derivada del aumento del ingreso nacional en el marco de una fuerte dependencia importadora, al pago de servicios financieros, rentas y utilidades externas, etc.

Sin ir muy lejos, la región latinoamericana hasta 2006 logró compensar su mayor sensibilidad importadora a medida que su ingreso crecía a través de la mejora de los términos del intercambio mercantil. Esta situación comenzó a mostrar señales de alerta desde entonces, y las preocupaciones aumentaron significativamente desde el estallido de la crisis internacional. Sobre todo porque al sostenimiento de términos de intercambio favorables ha contribuido la apreciación de las monedas nacionales, fruto de políticas locales apalancadas en flujos de capitales globales orientados hacia la periferia, en un marco de liquidez mundial abundante y retornos bajos en las economías centrales.

Así, una reversión acusada de la tendencia imperante en la primera década de este siglo, podría representar un serio condicionante al crecimiento y desarrollo económico de las nuestras economías, en términos de limitación de los grados de libertad para ejercer una política económica autónoma. Sin embargo, ese escenario aún aparece distante y, si bien la mayoría de las economías latinoamericanas ha deteriorado sus cuentas corrientes externas, en general, no existen dificultades para financiar los déficits externos; por ende, ello todavía no supone dificultades para crecer. A pesar del cuadro general, en algunos países de la región, como el nuestro, las tensiones propias de la escasez relativa de divisas si domina la coyuntura de los últimos años, especialmente el último.

Discutir las razones de ello, no el objeto de esta introducción, pero sí dar cuenta que en cualquier caso, para las economías periféricas que deseen recorrer el camino al desarrollo, la bonanza del contexto global en el futuro próximo y lejano no es más que una hipótesis, por más correctamente fundada que esté. Y aun en el mejor de los casos, lo que tenemos es tiempo, valiosísimo por cierto, para realizar determinadas reformas estructurales (productivas, financieras, laborales, científicas, técnicas y educativas, etc.) que nos permitan reducir la dependencia del ciclo externo para “financiar” nuestros procesos de crecimiento económico. Abdicar en esta empresa significará quedar supeditados a coyunturas extremadamente volátiles y urgentes, donde las probabilidades de que los diagnósticos sean errados y las recetas ineficientes, serán muy altas.

Es con este cuadro en mente que pensamos y seleccionamos los contenidos de este Volumen. Daniel Schteingart realiza un magnífico análisis del contenido tecnológico de las exportaciones argentinas desde 1996 hasta 2011. Es un concepto útil y polémico el de “contenido tecnológico de las exportaciones”. El mismo Schteingart cuestiona su validez general como indicador de nivel de desarrollo económico, pero constata que la mayoría de los países actualmente desarrollados posee un nivel también elevado de este índice. Por otra parte, permite no solo un valioso abordaje cuantitativo del problema del desarrollo y la estructura productiva, sino también del modo de inserción internacional de nuestro país en la actual división internacional del trabajo.

Coatz, Dragún y Sarabia, primero; y Brosio, Coatz y Sarabia, después, abordan la problemática de la industria nacional frente a un escenario global en curso de transformación, donde, por ejemplo, la aparición de China como centro cíclico a la par que ha contribuido a mejorar los términos de nuestro intercambio, ha supuesto la instauración de costos de producción industrial imposibles de competir por economías como la argentina. Así, si la industrialización todavía constituye un objetivo deseable, es imperioso pensar alternativas que hagan posible su desarrollo y sostenimiento.

Justamente, una de las razones de la industrialización es su potencial generador de empleos de calidad y bien remunerados. Un análisis del impacto actual y potencial de la industria en la generación de puestos de trabajo formales, estables y con salarios relativos altos, cobra así relevancia; mucho más cuando la crisis internacional muestra a cada paso las nefastas consecuencias en materia de empleo y desigualdad que trajo aparejado el proceso de relativa desindustrialización ocurrido en las potencias centrales durante los últimos 35 años.

Alejandro Fiorito en “Tipo de cambio competitivo y estable” llama poderosamente la atención sobre un concepto e instrumento de política económica

que hasta el presente gozó de un consenso mayoritario por lo que se refiere a su capacidad de contribuir al crecimiento económico, la expansión de la demanda agregada, la generación de empleo y la mejora de la competitividad externa: el tipo de cambio real. Luego de leer este artículo, la mayoría de los lectores reconsiderará las supuestas ventajas de un tipo de cambio alto y de la devaluación como herramienta eficaz de política económica.

Finalmente, Pataccini y Kinzhebaeva analizan para los casos de Argentina y Rusia el impacto de mediano y largo alcance de las reformas estructurales implementadas en los años noventa. A su juicio, las sucesivas crisis económicas y financieras de estos países estuvieron hondamente vinculadas a estas mismas reformas. La actualidad de este debate deriva del hecho de que, en el marco de una crisis global como la que atravesamos aún, las reformas estructurales aparecen con fuerza en la agenda mundial y regional. Analizar qué tipos de reformas son necesarias, cuáles son potencialmente ventajosas y cuáles no, constituye un desafío futuro que debe estar alumbrado por el registro de las consecuencias en el presente de las reformas estructurales del pasado.

Mariano de Miguel*

* Director del Instituto de Economía Aplicada (INSECAP) de la Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales (UCES).